

DOSSIER

EL SOCIALISMO DE ESTADO:
CULTURA Y POLÍTICA

La sociedad fragmentada: «activismo societario» y autoridad en el socialismo de Estado de la RDA

Thomas Lindenberger

Ludwig Boltzmann Institute for European
History and Public Spheres, Viena

Resumen: En la RDA, como en muchas dictaduras comunistas, hubo una paradoja entre el gobierno, que era evidentemente ilegítimo, y la creciente conformidad de la población, así como una curiosa diferencia entre el alto potencial de violencia estatal y la relativa estabilidad y serenidad de la vida diaria. Para explicarlo, el autor explora dos conceptos claves de la antropología y sociología históricas: *Herrschaft als soziale Praxis* (la autoridad como una práctica social) y el *Eigen-Sinn* (terquedad/conciencia de uno mismo). Para ejemplificar esto, analiza un aspecto muy específico de las sociedades de socialismo de Estado: la significación del llamado «activismo societario».

Palabras clave: RDA, comunismo, sociedad, activismo, vida cotidiana.

Abstract: In the GDR, as in many Communist dictatorships, there was a paradox of evident illegitimate rule but growing compliance under the population and a curious difference between the high potential of state violence and the relative stability and peacefulness of everyday life. In order to explain it, the author explores two key concepts from sociology and historical anthropology: *Herrschaft als soziale Praxis* (authority as social practice) and *Eigen-Sinn* (stubbornness/sense of one's self). As an example of this approach, he analyses one highly specific trait of state socialist societies: the eminent significance of so-called «societal activism».

Keywords: GDR, Communism, Society, Activism, Everyday Life.

¿Historia social del sistema comunista dejando a un lado la «sociedad»?

La «sociedad» en una dictadura de socialismo de Estado no es un objeto de conocimiento evidente. En un estudio sobre los fundamentos políticos e ideológicos de la autoridad comunista en Alemania del Este, la socióloga Sigrid Meuschel llegó a la controvertida conclusión de que, después de varias décadas de construcción del socialismo, era más bien la sociedad la que se había «extinguido» (*Absterben*) y no, tal y como habían previsto Marx y Engels, el Estado. La autoridad estatal y del Partido se había apropiado de todos los ámbitos de división social del trabajo hasta el punto de que la «sociedad», entendida como un conjunto coherente y autónomo de relaciones sociales, aparentemente había dejado de existir. «Se produjo un proceso de progresiva indistinción social inspirado desde el poder político, que privó de su autonomía a los subsistemas económicos, académicos, judiciales y culturales», provocando una especie de «parada» (*Stillegung*) de la sociedad a consecuencia de su indistinción funcional¹.

Por supuesto, los historiadores sociales que trabajaban sobre la República Democrática Alemana (RDA) no quedaron satisfechos con la idea de que su objeto de estudio sencillamente no existiera, al menos desde el punto de vista de la teoría sociológica. Hubo, pues, varios intentos de formular una aproximación alternativa: Ralph Jessen argumentó que la investigación empírica debería presuponer que la sociedad en la RDA era «autónoma, no una entidad derivada», que debería ser reconstruida a partir de los micro-niveles de las relaciones sociales y su informalidad². Otra propuesta clave dentro de esta problemática era la concepción de la RDA como un «*durchherrschte Gesellschaft*», es decir, como una sociedad traspasada por la autoridad, haciendo hincapié en el carácter artificial, construido políticamente, de sus estructuras sociales³. Richard

¹ MEUSCHEL, S.: *Legitimation und Parteiherrschaft. Zum Paradox von Stabilität und Revolution in der DDR 1945-1989*, Francfort a. M., Suhrkamp, 1992, p. 10.

² JESSEN, R.: «Die Gesellschaft im Staatssozialismus. Probleme einer Sozialgeschichte der DDR», *Geschichte und Gesellschaft*, 21 (1995), pp. 96-110.

³ LÜDTKE, A.: «“Helden der Arbeit” – Mühen beim Arbeiten. Zur mißmutigen Loyalität von Industriearbeitern in der DDR», en KAEUBLE, H., et al. (eds.): *Sozialgeschichte der DDR*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1994, pp. 188-213, y KOCKA, J.: «Eine

Bessel y Ralph Jessen anticiparon además la idea de que deberían buscarse los «límites de la dictadura» para superar la mono-causalidad de las explicaciones basadas en la teoría del totalitarismo⁴.

En el marco de este debate, algunos historiadores sociales alemanes introdujeron la dimensión de la vida cotidiana en la investigación empírica sobre historia social de la RDA⁵. Reafirmar los principios de la *Alltagsgeschichte*⁶ en los debates sobre las relaciones Estado-sociedad en el socialismo de Estado alemán era una forma de acabar con la siguiente paradoja: por un lado, se negaba la existencia de una sociedad más allá de la realidad social construida por el Partido Socialista Unificado de Alemania (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, SED), pero, por otro, existían abundantes pruebas acerca de la experiencia y memorias compartidas por millones de alemanes orientales, que afirmaban tener algo más en común que el hecho de haber sido engañados y manipulados por el régimen; que, a su manera, habían adquirido una identidad propia de la RDA y se había desarrollado algo parecido a una particular «sociabilidad» germano-oriental⁷.

Más allá de la contradicción entre el discurso académico y la memoria popular, lo que motivó esta línea de investigación inspirada en la *Alltagsgeschichte* fue, por supuesto, la noción de que el SED no podía reproducir —y de hecho no reprodujo— su poder dictatorial exclusivamente a través de la represión y el ejercicio de la fuerza desde arriba. Las «restricciones blandas» («soft constraints») también debieron de tener su peso como forma de autoridad del Par-

durchherrschte Gesellschaft», en KÄELBLE, H., et al. (eds.): *Sozialgeschichte der DDR...*, op. cit., pp. 547-553.

⁴ JESSEN, R.: «Die Gesellschaft im...», op. cit., pp. 96-110.

⁵ LINDENBERGER, T.: «Alltagsgeschichte und ihr Beitrag zur Erforschung der Sozialgeschichte der DDR», en BESSEL, R., y JESSEN R. (eds.): *Die Grenzen der Diktatur. Staat und Gesellschaft in der DDR*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1996, pp. 298-325, y LÜDTKE, A.: «Die DDR als Geschichte: zur Geschichtsschreibung über die DDR», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 36 (1998), pp. 3-16.

⁶ Cfr. LÜDTKE, A. (ed.): *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen*, Francfort a. M., Campus, 1989 (versión inglesa: *The History of Everyday Life. Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, trad. W. Templer, Princeton, PUP, 1995).

⁷ La variante más ambiciosa de este argumento es sin duda el ensayo sociológico de Wolfgang Engler (1999), que fue muy popular en Alemania del Este. Cfr. ENGLER, W.: *Die Ostdeutschen. Kunde von einem verlorenen Land*, Berlín, Aufbau, 1999.

tido, incluso si el Estado del SED nunca fue aceptado voluntariamente por sus ciudadanos en un grado comparable a su precedente dictatorial, la Alemania nazi, o a su rival democrático en el Oeste, la RFA. ¿Cómo aproximarse a estas paradojas, a la coexistencia de un sistema ilegítimo y una creciente conformidad, de un elevado potencial de violencia de Estado y la relativa estabilidad y calma de la vida cotidiana?

«Herrschaft als soziale Praxis», «Eigen-Sinn»

A fin de deconstruir esta paradoja, el grupo de investigación del *Zentrum für Zeithistorische Forschung* (Potsdam)⁸, al que pertenecí en los años noventa, adoptó y reelaboró dos conceptos clave de la sociología y la antropología histórica: *Herrschaft als soziale Praxis* (autoridad como práctica social)⁹ y *Eigen-Sinn* (terquedad/conciencia de uno mismo)¹⁰. El primero de ellos, inspirado en la teoría de la praxis de Pierre Bourdieu, se diseña para dar un mayor dinamismo a la noción de autoridad institucional; por tanto, la autoridad tiene que ser entendida como una interacción que implica la representación de ambas partes dentro de una relación de poder que resulta asimétrica desde cualquier otro punto de vista. Esta relación no se basa únicamente en la violencia y el empleo de la fuerza de los gobernantes, sino también en la dependencia mutua existente entre gobernantes y gobernados. Esta mutualidad puede descansar en estructuras y prácticas tanto informales como formales. En este sentido, la autoridad política podría incluir procesos recíprocos, consistentes en dar y recibir, en proporcionar una compensación a cambio de sometimiento y conformidad absoluta.

⁸ Centro para la Investigación en Historia Contemporánea, ZZf (N. de la T.).

⁹ Cfr. LÜDTKE, A.: «Einleitung: Herrschaft als soziale Praxis», en LÜDTKE, A. (ed.): *Herrschaft als soziale Praxis. Historische und sozial anthropologische Studien*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1991, pp. 9-63.

¹⁰ Cfr. LÜDTKE, A.: «Eigensinn», en BERLINER GESCHICHTSWERKSTATT (ed.): *Alltagskultur, Subjektivität und Geschichte. Zur Theorie und Praxis von Alltagsgeschichte*, Münster, Westfälisches Dampfboot, 1994, pp. 139-153, y LINDENBERGER, T.: «Die Diktatur der Grenzen. Zur Einleitung», en LINDENBERGER, T. (ed.): *Herrschaft und Eigen-Sinn in der Diktatur. Studien zur Gesellschaftsgeschichte der DDR*, Colonia et al., Böhlau, 1999, pp. 13-44.

Empíricamente, *Herrschaft als soziale Praxis* apunta hacia las formas de actuar de las personas en sus relaciones, actitudes, costumbres y rutinas, que informan tales acciones desde el punto de vista de la lógica social. *Eigen-Sinn*, que, aunque se traduce literalmente como «terquedad», en este caso también significa «conciencia de uno mismo», abarca el nivel de las motivaciones, proyectos y cosmovisiones que se traducen en un comportamiento particular significativo para la persona que lo adopta. No se trata de un término comodín para referirse a la «disidencia» o la «resistencia». *Eigen-Sinn* alude a la capacidad de los individuos para «dar sentido» a sus actitudes y comportamiento dentro de las relaciones de autoridad en formas que no han sido «programadas» o anticipadas por el poder, que había apostado a su vez por un determinado sistema ideológico y función política. El contenido concreto del *Eigen-Sinn* de un individuo o grupo de individuos puede concordar con las expectativas ideológicas, contradecirlas o «esquivarlas» de algún modo. Lo importante desde nuestro punto de vista externo es que no reificamos estas actividades de creación de significado de acuerdo con presuposiciones teóricas (sobre la naturaleza totalitaria de la autoridad como tal, requisitos objetivos o funcionales de la relación en cuestión, nuestra interpretación de los «intereses materiales» o «reales» de los individuos, etcétera), unas presuposiciones que los científicos sociales tienden a proyectar habitualmente sobre sus objetos de conocimiento. Lo que está en juego aquí es la comprensión del pasado de mundos de vida y su persistente significación: hoy en día los antiguos alemanes del Este recuerdan y se identifican de forma positiva con determinados aspectos de su vida antes de 1989, a pesar de que la mayoría de ellos nunca simpatizó con la ideología comunista ni consideró a la RDA un sistema de gobierno políticamente legítimo. Si queremos comprender cómo podía suceder este fenómeno en circunstancias concretas, debemos conceptualizar los motivos y experiencias de los individuos en cuestión como un objeto de conocimiento por derecho propio.

Por supuesto, para operar con estos conceptos es necesario recurrir a la interacción imaginativa de varios niveles de observación, es decir de un «juego de escalas» (*jeu d'échelles*)¹¹: el nivel macro correspondiente al gobierno y la ideología, los micro-niveles de in-

¹¹ Cfr. REVEL, J. (ed.): *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard-Seuil, 1996.

teracción directa entre los «ciudadanos de a pie» y los representantes de la autoridad política y, finalmente, los niveles intermedios donde se produce la «transmisión» de arriba a abajo y viceversa. Debemos reconstruir las perspectivas inherentes a toda relación de autoridad: desde arriba hacia abajo pero también desde abajo hacia arriba, y éstas a su vez en los diferentes niveles de la realidad social: tanto a pie de calle como en los círculos de la alta política, tomando en consideración la forma de interactuar de estos distintos niveles.

Esferas de «activismo societario» en la RDA: un repaso parcial

A continuación ejemplificaré este planteamiento mediante el análisis de un rasgo muy característico de las sociedades bajo el socialismo de Estado: la gran importancia que tuvo el denominado «activismo societario» (*gesellschaftliche Tätigkeit*)¹², un término con el que se designa la amplia variedad de funciones «voluntarias» (*freiwillig*) u «honorarias» (*ehrenamtlich*) que desempeñaban ciudadanos corrientes, incluso si su actitud hacia el régimen era indiferente o distante. Es precisamente en estas actividades donde las interacciones entre la autoridad estatal y los ciudadanos comunes adquirirían una significación de índole cotidiana. Podemos concebirlas como una «región» institucionalizada, «fronteriza» entre la maquinaria estatal y del partido, por un lado, y los ciudadanos, por otro. En estas «zonas», las autoridades empleaban a una categoría específica de funcionarios «de a pie». Su deber consistía, por ejemplo, en «transmitir» y «mediar» entre las esferas de autoridad media y alta y las masas populares (transmisión de órdenes, bienes materiales y simbólicos, pero también de información, quejas y «estados de ánimo», además de tareas de «control fronterizo», que incluyen supervisión y disciplina moderada)¹³. (Debo señalar que me estoy refiriendo aquí a activismos «oficiales», y no a las actividades obligatorias que desempeñaban los aproximadamente dos millones

¹² La «rareza» de la traducción es intencionada ya que el término alemán es un ejemplo típico del «newspeak» de la burocracia comunista, pues se trata de una combinación artificial de palabras.

¹³ FULBROOK, M.: «The Concept of “Normalisation” and the GDR in Comparative Perspective», en FULBROOK, M. (ed.): *Power and Society in the GDR 1961-1979: The «Normalisation» of Rule?*, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 2009, pp. 1-30, esp. p. 29.

de miembros del partido como tales, ni tampoco a los activismos «no oficiales», a través de los que 180.000 ciudadanos de la RDA contribuyeron a la eficacia de los servicios de seguridad del Estado como informantes¹⁴.)

Primeramente, observemos las dimensiones globales de aquellas funciones que se incluían dentro del «activismo societario». Al consultar una enciclopedia en CD-ROM sobre la RDA e introducir palabras clave como «voluntario» y «honorario», los lectores pueden encontrar los siguientes ejemplos, que he ordenado de acuerdo con las categorías de «Juventud y educación», «Lugar de trabajo», «Área residencial y consumidores», «Orden público, seguridad y aplicación de la ley»:

Juventud y educación

— En la organización infantil Jóvenes Pioneros [*Junge Pioniere*], 150.000 estudiantes trabajaban como ayudantes voluntarios para embellecer los edificios y patios escolares, y para cuidar los parques y áreas de juego.

— En la organización Juventud Libre Alemana [*Freie Deutsche Jugend*], 670.000 de sus miembros (es decir, alrededor de un 30 por 100 del total) tenían puestos en consejos elegidos o como delegados. Se creaban *Ordnungsgruppen* («patrullas del orden») para mantener el orden en los lugares e instituciones donde se reunían los jóvenes: escuelas, clubes juveniles, colegios mayores, conciertos y otros eventos públicos. Sus miembros eran entrenados por la policía regular.

— Asistencia a los jóvenes: 32.000 ciudadanos de la RDA ayudaban a los profesionales dedicados a la juventud en tareas educativas y a reintegrar a delincuentes o a jóvenes en situación de riesgo/exclusión, bien formando parte de las comisiones municipales para la juventud, bien trabajando como asistentes de algunos de estos jóvenes. Otros 11.700 fueron tutores juveniles.

— La ceremonia anual de dedicación juvenil (*Jugendweihe*) se organizaba en comités particulares, que incluían 7.500 miembros honorarios¹⁵.

¹⁴ GIESEKE, J.: «German Democratic Republic», en PERSAK, K., y KAMI SKI, Ł. (eds.): *A Handbook of the Communist Security Apparatus in East Central Europe 1944-1989*, Varsovia, IPN, 2005, pp. 163-219, esp. p. 199.

¹⁵ La *Jugendweihe* era la ceremonia de tradición antirreligiosa que sustituía a la

Lugar de trabajo

— Sindicato: a pesar de ser la organización de masas más grande de la RDA (más de once millones de personas) la mayor parte de las actividades que desarrollaba la *Freie Deutsche Gewerkschaftsbund* (Liga de los Sindicatos Libres Alemanes, FDGB) tenía una base honoraria, incluso dentro de las grandes empresas. Los 315.553 grupos sindicales de 1982 incluían a 1.445.042 funcionarios honorarios, entre ellos un encargado de fábrica por grupo, 299.642 plenipotenciarios para la seguridad social, 282.575 comisionados para la seguridad laboral y 246.041 organizadores de actividades deportivas.

— La Inspección de Trabajadores y Campesinos (*Arbeiter- und Bauerninspektion*): una organización controlada por el SED que tenía como misión supervisar el cumplimiento de las normas de seguridad en el trabajo, investigar los accidentes y enfermedades laborales y reclamar el fin de los abusos en el trabajo. Alrededor de 249.000 ciudadanos de la RDA eran inspectores honorarios.

Área residencial, consumidores

— Las Comunidades de Vecinos (*Hausgemeinschaften*) constituían la unidad básica del *Nationale Front*. Su tarea era establecer y fomentar «relaciones socialistas» entre todos los inquilinos de un bloque de viviendas. Elegían las juntas de la comunidad de vecinos, cuyo objetivo era reclutar voluntarios para diversas actividades (reparación de viviendas, etcétera); tenían a su cargo un libro donde quedaban registrados todos los visitantes que pernoctaban en el bloque, desarrollaban campañas de solidaridad a nivel nacional, pero también debían apoyar la reinserción de exconvictos y presos en libertad vigilada, promocionar las actividades culturales en su barrio y solventar pequeñas disputas entre vecinos. Todas las *Hausgemeinschaften* eran convocadas a un concurso para obtener el prestigioso reconocimiento de «comunidad de vecinos ejemplar» (*Vorbildliche Hausgemeinschaft*). Este título podía ser expuesto en la forma de una placa de metal que se colocaba sobre la entrada del bloque.

— Puntos de Reparación (*Reparaturstützpunkte*): establecimientos de la administración municipal de la vivienda donde se guarda-

confirmación cristiana. Hunde sus raíces en el siglo XIX y se sigue manteniendo en la actualidad (N. de la T.).

ban herramientas y materiales para las auto-reparaciones que llevaban a cabo los voluntarios de los bloques vecinales, pensados para minimizar los costes de reparación y prevenir un mayor deterioro de los edificios.

— Las inspecciones de higiene a nivel local corrían a cargo de las fuerzas *Hygiene-Aktiv*, formadas por asistentes honorarios y controladas por asistentes médicos profesionales del servicio municipal de salud. Su misión consistía no sólo en descubrir y luchar contra los abusos en la salud pública, sino también en contribuir a la educación de los vecinos en cuestiones sanitarias y de prevención de la contaminación.

— La cooperativa del consumidor (4,6 millones de miembros) no sólo empleaba a 250.000 trabajadores y empleados a tiempo completo, sino que además estaba organizada y controlada por unos 187.000 miembros activos que representaban a los clientes en juntas y comités directivos.

— Los 55.000 miembros de la Sociedad de la Naturaleza y el Medio Ambiente fueron nombrados «protectores honorarios del medio ambiente».

— Solidaridad Popular (*Volkssolidarität*): una organización de masas basada en la solidaridad voluntaria, encargada de asistir especialmente a los enfermos y personas mayores. Se centraba en particular en la asistencia vecinal a través de 172.000 asistentes honorarios.

— Los 5.400 clubes ubicados en los pueblos organizaban actividades culturales y artísticas en las áreas rurales, y tenían una base exclusivamente honoraria.

— La «competencia socialista» en las empresas estatales pasaba del nivel puramente económico a la esfera de las áreas residenciales, que incluía servicios «honorarios» en la reparación y reconstrucción de viviendas, edificios públicos y restaurantes, cuidar las zonas verdes o recoger material reciclable.

Orden público, seguridad y aplicación de la ley

— La Policía Popular Alemana (*Deutsche Volkspolizei*), que comprendía alrededor de 60.000 agentes a tiempo completo, podía comandar unidades de «asistentes de la Policía Popular», que contaban con alrededor de 120.000 o más miembros.

— Las brigadas voluntarias de bomberos, presentes especialmente en el campo, pero también en grandes plantas industriales tenían unos 262.500 integrantes.

— Defensa civil podía dirigir a 490.000 asistentes honorarios aproximadamente.

— En 31.981 «tribunales sociales» (*Gesellschaftliche Gerichte*), 292.111 jueces «honorarios» debían solventar disputas salariales y pleitos civiles y criminales menores entre sus colegas y vecinos¹⁶.

Estos ejemplos dan una idea general de la enorme multiplicidad de dichas funciones honorarias. Teniendo la RDA una población total de 16-17 millones de personas, cabía esperar que un ciudadano medio desempeñara al menos una de estas misiones en su tiempo libre, también si no era miembro del Partido. Por supuesto, muchas de estas funciones se solapaban unas con otras en sus competencias. Siempre había activistas políticos realizando varias de estas tareas, pero era algo que el Partido siempre trató de minimizar con vistas a involucrar a la mayor cantidad de ciudadanos posible en este tipo de actividades.

Particularidades del «activismo societario» bajo el socialismo de Estado: dos modelos de interacción

En lo que respecta a la especificidad histórica de este activismo, podría objetarse que semejantes funciones «honorarias» deben desempeñarse en cualquier sociedad industrial «moderna», es decir, en cualquier sociedad en la que se establece, de forma más o menos clara, una separación de hecho entre el empleo remunerado y el resto de actividades, bien sean de ocio o de participación en asuntos públicos. Evidentemente, también existen abundantes ejemplos de asociaciones y actividades voluntarias en cualquier democracia occidental. Y si pudiéramos analizar con mayor detenimiento algunas de las actividades de la RDA, sería fácil rastrear sus orígenes hasta algunos precedentes de las sociedades burguesas, que fueron heredados y remodelados en el transcurso de la construcción socialista de

¹⁶ *Enzyklopädie der DDR. Personen, Institutionen und Strukturen in Politik, Wirtschaft, Justiz, Wissenschaft und Kultur* (Digitale Bibliothek Band 32), Berlín, 2000.

la nación¹⁷. La tradición de las brigadas voluntarias de bomberos sería uno de estos casos: mantuvieron su función específica como instituciones de sociabilidad rural protegiendo las identidades locales. No obstante, el Partido del Estado y sus «órganos» trataron de integrarlas dentro de sus líneas de control y de aplicar sus propios imperativos políticos también en estas esferas mundanas de «activismo societario», dejando por tanto su impronta «socialista» en ellas.

En general, creo que sería superficial considerar el «activismo societario» en los sistemas comunistas únicamente como una variante más de los muchos rasgos «genéricos» de la modernidad. Vistas de cerca, las formas de organización y puesta en práctica del «activismo societario» se componían de dos modelos paradigmáticos de interacción que resultan bastante específicos de las dictaduras de socialismo de Estado:

Para uno de ellos, buena parte de este activismo estaba estrechamente ligado al *colectivo de trabajo multifuncional*, en particular a la *brigada socialista*. Las brigadas en la industria socialista no sólo eran unidades sociales en las que sus miembros compartían deberes y funciones laborales, donde todos respondían de sus actos y de sus logros mensurables, donde los horarios de trabajo, jornales y planes de producción tenían que ser negociados y la producción finalmente repartida; eran además, y no en menor medida, lugares de sociabilidad que proporcionaban oportunidades de integración social y asistencia, lugares donde los individuos podían negociar su relación con la sociedad dentro de unas circunstancias políticas y culturales dadas. Diversos estudios sobre una gama de ramas industriales y lugares de trabajo de la RDA han demostrado que éstos eran los espacios sociales por excelencia, donde las personas tenían mayores oportunidades de «marcar la diferencia» si querían influir sobre sus condiciones laborales y de vida bajo la dictadura comunista¹⁸.

La función más importante de la brigada de trabajo en los activismos de base (que enumeré parcialmente más arriba) es doble:

1. Muchos de estos compromisos cívicos estaban estrechamente vinculados a brigadas de trabajo concretas de carácter local. Estas

¹⁷ Cfr. PALMOWSKI, J.: *Inventing a Socialist Nation. Heimat and the Politics of Everyday Life in the GDR 1945-1990*, Cambridge, CUP, 2009, p. 2.

¹⁸ Cfr. HÜBNER, P.: *Konsens, Konflikt und Kompromiß. Soziale Arbeiterinteressen und Sozialpolitik in der SBZ/DDR 1945-1970*, Berlín, Akademie Verlag, 1995.

últimas eran el espacio público preferente donde este activismo encontraba su «clientela» o donde las organizaciones de masas y agencias estatales reclutaban a sus voluntarios. Y era en la administración de los cuadros de las empresas, en sus archivos, donde se conservaban los historiales sobre «activismo societario» de cada individuo, que eran evaluados y empleados como argumento a favor o en contra de su promoción, carrera, derecho a gratificaciones, etcétera. Era, pues, en el lugar de trabajo donde los individuos podían «recaudar» y «explotar» mejor el capital político y simbólico que podrían llegar a adquirir a través de tales funciones voluntarias.

2. Más allá del ámbito laboral, la brigada del lugar de trabajo servía como un *modelo* de compromiso participativo. Esto se hace evidente no sólo en el empleo generalizado del término «brigada» en contextos bastante alejados de la esfera de producción. El estilo propio de la brigada se encuentra no sólo en el debate, planificación y puesta en marcha de actividades políticas o administrativas, sino también en la combinación habitual del «cumplimiento del deber» oficial y el «ocio» no oficial dentro de y en torno a un mismo colectivo.

El otro modelo paradigmático de interacción que puede encontrarse en el sistema comunista dentro de colectivos sociales y políticos tan corrientes se deriva de las prácticas del propio partido comunista. Esta forma de interacción estaba decididamente menos expuesta a las inspecciones externas. Siguiendo este modelo, los miembros de un determinado grupo formaban una «comunidad de lucha», que se situaba al margen de su ambiente social a través de sus propias normas de comportamiento político y moral y de sus propias líneas verticales de responsabilidad. Se constituían como una élite local de miembros «juramentados» de una vanguardia, como una avanzada en la esfera de la vida cotidiana de la forma de integración autoritaria propia de los sistemas comunistas, conocida como «centralismo democrático». Una característica destacada de esta práctica consistía en combinar el desarrollo de agendas políticas concretas con la formación y educación de las subjetividades e identidades de los activistas a través del propio colectivo. El objetivo principal de estos prolongados «comentarios» e «instrucciones» no era producir percepciones sustancialmente nuevas o decidir sobre alternativas abiertas, sino reafirmar los nexos mutuos de los individuos como sujetos disciplinados de un sistema ideológico.

Esto se ponía en práctica rutinariamente asistiendo a largos discursos políticos, compartiendo las incomodidades de la (auto-) educación política o, no menos importante, a través del ritual de la «crítica y la auto-crítica».

Las unidades de activismo «honorario» o «voluntario» fuera del trabajo y de la vida de Partido estaban condicionadas hasta cierto punto por ambos o por uno de estos modelos de comportamiento, en combinaciones y grados variables. En el socialismo de Estado, comportarse de cualquiera de estas dos maneras se había convertido en una técnica cultural básica conocida prácticamente por todos, del mismo modo que todo aquel que vive en un ambiente urbanizado moderno está familiarizado con algunas normas de comportamiento colectivo en espacios públicos o semi-públicos, como por ejemplo compartir el transporte público, ver una representación teatral o un evento deportivo, o formar parte de un grupo organizado de turistas. La respuesta a cuál de estos dos modelos de interacción conformaba cada variante de «activismo societario», y de qué forma se podían llegar a combinar, varía en función de las responsabilidades en cuestión y a través del tiempo. Para evaluar esto con mayor precisión se requeriría una comparación más minuciosa y sistemática. Hasta el momento, sólo puedo emitir el siguiente juicio preliminar: cuanto menos participaba o ayudaba un colectivo de «activismo societario» a ejecutar la autoridad estatal formal, menos se organizaban sus interacciones de acuerdo a las normas de convivencia del Partido, pudiendo prevalecer entonces más las convenciones características de las brigadas de trabajo. Cuando el «activismo» de un colectivo estaba claramente relacionado con algún aspecto de control social, corrección educativa y seguridad pública o política, encontraremos líneas de separación más rígidas entre sus miembros y aquellos que no lo son, una mayor inversión en la instrucción vinculada a cuestiones ideológicas y de subordinación y, desde luego, más control profesional ejercido desde arriba, es decir, una mayor implicación de los funcionarios a tiempo completo encargados de dirigir y vigilar el desarrollo de estas funciones estatales para el tiempo libre.

Un caso ejemplar: los Ayudantes Voluntarios de la Policía Popular (*Freiwillige Helfer der Volkspolizei*)¹⁹

Los funcionarios honorarios de una autoridad estatal en particular, los «grupos de ayudantes voluntarios de la policía popular», pueden servir de ejemplo paradigmático. Fueron incorporados al servicio policial público en el verano de 1952, un periodo decisivo en la historia de la RDA, puesto que marcó la transición desde la «construcción de un sistema antifascista» a la «construcción de las bases del socialismo». En cada circunscripción de la policía local debía ser reclutado un equipo de diez o veinte ciudadanos de a pie de entre los sectores de la población políticamente leales. El reclutamiento estaba supervisado por la oficina municipal del SED en estrecha colaboración con sus homólogos del servicio secreto. La mayor parte de la tarea de movilizar a estos voluntarios recaía, en cambio, en la iniciativa del partido local y de los oficiales de policía y en su buena reputación dentro de sus circunscripciones.

Las misiones de estos grupos consistían en: patrullar regularmente, sobre todo durante la noche; controlar el tráfico y los vehículos motorizados; mantener el orden durante la celebración de eventos callejeros importantes, como las carreras de bicicletas; ayudar a encontrar a personas u objetos buscados por la policía, y, por supuesto, transmitir cualquier información relativa a cuestiones de seguridad pública y política en general. Desde el principio, no obstante, se dejó claro que los ayudantes de la policía carecían de poderes discrecionales, dado que estaban reservados a los oficiales de policía profesionales. Tenían que desempeñar sus tareas junto a un

¹⁹ El siguiente apartado es un resumen de un proyecto de mayores dimensiones sobre la historia de la Policía Popular (*Volkspolizei*) (LINDENBERGER, T.: *Volkspolizei. Herrschaftspraxis und öffentliche Ordnung im SED-Staat 1952-1968*, Colonia et al., Böhlau, 2003), basado fundamentalmente en el abundante material archivístico del Ministerio del Interior de la RDA y del archivo central del SED que se conserva en los Archivos Federales (*Bundesarchiv Berlin*, BAB) y en el correspondiente material que alberga el archivo regional del Estado federal de Brandemburgo en Potsdam (*Brandenburgisches Landeshauptarchiv*). En lo que respecta a los ayudantes de policía voluntarios, véase también LINDENBERGER, T.: «Vaters kleine Helfer. Die Volkspolizei und ihre enge Verbindung zur Bevölkerung 1952-1965», en FÜRMETZ, G., et al. (eds.): *Nachkriegspolizei. Sicherheit und Ordnung in Ost- und Westdeutschland 1945-1969*, Hamburgo, Ergebnisse Verlag, 2001, pp. 229-253.

oficial de policía, y concretamente no les estaba permitido arrestar, realizar búsquedas o involucrarse en cualquier investigación criminal por su cuenta. Estaban destinados a ser meros ayudantes o «colaboradores» bajo la dirección de «su» oficial²⁰.

Aparte de estas modestas actividades, los ayudantes de policía quedaban integrados en la estructura omnipresente y militarizada de la seguridad interna característica de las dictaduras de socialismo de Estado. Debían realizar un entrenamiento militar básico que era, sin embargo, decididamente «menos militar» que el que debían superar sus «camaradas» de los «grupos de combate» (*Kampfgruppen*) de base industrial y paramilitar²¹. Cada «grupo de ayudantes voluntarios» estaba liderado por un oficial de policía profesional de bajo rango, en la mayor parte de los casos por el «comisario de la circunscripción de la Policía Popular Alemana» (*Abschnittsbevollmächtigter der Deutschen Volkspolizei*)²². Este sistema se extendió gradualmente durante los años cincuenta y sesenta, llegándose al número máximo de ayudantes voluntarios de policía en 1958, con aproximadamente 150.000 miembros, una cifra que se reduciría a 120.000 en los años siguientes. La mayoría de los ayudantes eran hombres de todas las edades y grupos sociales, sobre todo obreros, pero también se permitía unirse a sus filas a las mujeres.

La historia organizativa y política de esta institución de base de la autoridad policial está marcada por una fase crítica de cambio a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Durante este periodo, los portavoces de los ayudantes de policía elevaron quejas sobre su equipamiento insuficiente, los límites formales que se les imponían en sus deberes y la falta de derechos corporativos y de autonomía.

Los debates sobre la insuficiencia en su equipamiento estaban motivados básicamente por su proximidad a los grupos de combate

²⁰ Cfr. Jefe de la Policía Popular, Orden 131/52, 3 de octubre de 1952, BAB, DO-1, 2.2-56244; *VO über die Zulassung und die Tätigkeit freiwilliger Helfer zur Unterstützung der DVP und der Grenztruppen der NVA* [Decreto sobre la admisión y la actividad de los ayudantes voluntarios para la asistencia a la Policía Popular y a las tropas fronterizas del Ejército Nacional Popular], 16 de marzo de 1964, *Gesetzblatt* [revista/ boletín sobre leyes], 1964/II, pp. 241-242.

²¹ Cfr. SIEBENEICHNER, T.: «Proletarian Myth and Political Mobilization: The “Kampfgruppen der Arbeiterklasse” (Working-Class Combat Groups) in the GDR 1953-1989/90», *Social Evolution and History*, 7 (2008), 2, pp. 101-134.

²² Cfr. LINDENBERGER, T.: «Vaters kleine Helfer...», *op. cit.*, p. 8.

y sus respectivas obligaciones. Los ayudantes de policía demandaban ropa especial gratuita, como monos de entrenamiento para realizar sus ejercicios militares de la misma forma que lo hacían los integrantes de los grupos de combate, y sintieron que el Partido y el Estado no reconocían suficientemente su labor cuando se les aconsejó que los costearan de su propio bolsillo. Tampoco se mantuvo por mucho tiempo la solución intermedia de proveer a los ayudantes de policía con uniformes de segunda mano del «Ejército Nacional Popular», porque estos materiales fueron reclamados por la patrulla de policía fronteriza para sus propios voluntarios poco después de haber llegado a ese acuerdo. Lo significativo de esta, por otra parte irrelevante, disputa sobre monos de entrenamiento es la insistencia con la que los ayudantes de policía traían a colación una y otra vez su demanda de ser tratados igual que los otros voluntarios paramilitares, lo que al menos indica cierta intensidad y seriedad en su compromiso.

Pero esto fue sólo el principio. En 1958 se produjo un repentino aumento del número de ayudantes de policía, de 90.000 (finales de 1956) a 150.000. El motivo institucional de este incremento fue la introducción ese mismo año de un servicio de protección antiaérea, cuya estructura profesional a tiempo completo también dirigía a un cuerpo propio de ayudantes voluntarios, la «organización de ayudantes voluntarios de protección antiaérea». Para complementar este novedoso plan de protección antiaérea, el Ministerio del Interior aprobó una nueva orden sobre «los servicios de orden y seguridad en la protección antiaérea» de la policía popular (tanto la policía regular como la protección antiaérea estaban bajo su mando). En esta orden, se aconsejaba a todos los comisarios de circunscripciones locales aumentar su número de ayudantes a un promedio de quince miembros²³. Pero mientras los ayudantes para la protección antiaérea (igual que los grupos de combate) formaban un cuerpo militar integrado verticalmente, con una completa jerarquía de mandos para las fuerzas de servicio, compañías, batallones y personal centralizado, la estructura organizativa de los ayudantes de policía seguía estando limitada al nivel local: solamente podían formar sus grupos con un máximo de quince o veinte personas, y como mucho a veces se unían con uno o dos grupos limítrofes con

²³ Orden 34/58, del Ministro del Interior, 25 de agosto de 1958, BAB, DO-1, 2.2-59546a.

vistas a formar una modesta compañía de menos de cien personas para compartir sus entrenamientos y su experiencia.

Algunos grupos de ayudantes policiales elevaban peticiones reiteradamente para que sus grupos fuesen reestructurados como una «organización de masas» paramilitar y vertical propia. En diciembre de 1959, un autoproclamado «mando de la compañía» de Erfurt-Norte entregó algunas «propuestas de mejora» al Ministerio del Interior. «En muchos distritos de la RDA, los ayudantes de la policía están reclamando más derechos. Pero también están preparados para asumir más deberes», comenzaba la carta, seguido de tres peticiones: 1) creación de una organización de asistentes de policía independiente, siguiendo el ejemplo de los ayudantes de la milicia soviética o la organización de los ayudantes de protección antiaérea; 2) los ayudantes de policía deberían poder desempeñar tareas en la aplicación de las leyes y tener derechos en sentido legal, y 3) poder contar con una estructura de mando basada en los principios militares²⁴.

El autodenominado mando de la compañía fue reprendido inflexiblemente en todas sus demandas, tanto por el ministro del Interior como por los altos mandos policiales²⁵. En concreto, el departamento encargado de la seguridad pública (*Schutzpolizei*), que también controlaba el sistema de comisarios de circunscripción, insistió tanto en la neta separación de las competencias formales de la policía, que estaban reservadas a los profesionales, como en calificar a los ayudantes como ciudadanos «normales», que podían asistir a la policía únicamente bajo la dirección personal de un oficial²⁶. Aunque en los años siguientes las tareas de estos ayudantes se fueron diferenciando y especializando cada vez más, en particular en lo relativo al control del tráfico y a alguna colaboración con la policía criminal, quedó claro hasta el final de la RDA que no estaban

²⁴ Mando de la compañía de ayudantes voluntarios de la policía popular de la administración del condado de Erfurt a la Secretaría del Ministro del Interior, 20 de diciembre de 1959, BAB, DO-1, 11-424, fo. 38-45.

²⁵ Véanse los comentarios del Departamento para la seguridad pública, *ibid.* El Director de la Administración Principal de la Policía Popular al *Aktiv* de los ayudantes voluntarios en la circunscripción de Erfurt-Norte, *ibid.*

²⁶ Cfr. el artículo de un oficial *senior* en la Administración Principal de la Policía Popular, ABRAMOWITSCH, H.: «Zu einigen falschen Auffassungen über die Arbeit der freiwilligen Helfer der Deutschen Volkspolizei», *Schriftenreihe der Deutschen Volkspolizei*, 12 (1960), pp. 1264-1271.

autorizados a actuar con procedimientos policiales por su cuenta, y que la esfera de acción de su organización permanecía limitada al ámbito local al que estaban adscritos sus «superiores» inmediatos en la policía profesional.

Este episodio, aunque pueda parecer trivial y benigno por sí solo, es altamente sintomático si se contrasta con los cambios políticos y culturales concomitantes que experimentó la RDA alrededor de 1960. Después de dar algunos pasos modestos hacia la desestalinización tras el levantamiento de junio de 1953, y en particular en 1956-1957, el SED intensificó nuevamente su control sobre las relaciones económicas y sociales de 1958 en adelante, con objeto de eliminar los últimos bastiones de «elementos capitalistas» y establecer el socialismo de la RDA como una alternativa madura a la economía de mercado germano-occidental. Al cabo de unos años, Walter Ulbricht proclamó que la RDA superaría a su próspero rival en consumo *per capita*, una meta irreal considerando su escaso potencial económico. En 1958, por tanto, se lanzó una campaña de movilización masiva de todos los recursos inmateriales, una iniciativa que alberga sorprendentes similitudes con la campaña voluntaria del «Gran Salto Adelante» que dirigió Mao Zedong durante esos mismos años: los participantes eran introducidos en la administración pública para superar la burocratización «pequeño-burguesa», y en cualquier lugar se invitaba a los ciudadanos a sumarse a las «iniciativas de masas». «¡Co-trabajar, co-planificar, co-gobernar!» (*Arbeite mit, plane mit, regiere mit!*) decía el emblemático eslogan del Partido, que prometía a todo ciudadano de la RDA la posibilidad de participar en la creación de un nuevo tipo de política democrática, superior al decadente «fascismo clerical-burgués» de la RFA.

La innovación más sobresaliente en este sentido fue la campaña de competición socialista en la industria basada en la formación de las «brigadas socialistas». Esta campaña fomentaba que colectivos laborales corrientes fueran considerados como núcleos modélicos de actividades económicas, sociales y culturales, encargados no sólo de optimizar la productividad, sino también de aumentar la preparación de los profesionales y de establecer estándares «socialistas» en el ámbito de la vida y comportamiento cotidianos. Y aunque esta propaganda estaba dirigida sobre todo a los sectores leales de la clase obrera industrial, mientras cientos de miles de sus conciudadanos preferían abandonar tales campañas y partir hacia Ale-

mania Occidental, ésta pronto adquirió fuerza y superó los intentos del Partido por controlar y manipular sus resultados. A través de las diversas maneras en que los trabajadores se apropiaron de este esquema de socialización programático y lo revistieron con su propia forma de entender la sociabilidad obrera, la práctica de las «brigadas socialistas» destilaba un marcado sentimiento de orgullo y autonomía locales que pronto se dejó sentir en los conflictos sobre la ampliación de derechos y deberes de las brigadas. Como en el caso de los ayudantes de policía voluntarios, la brigada socialista comenzó a reivindicar el derecho a crear cuerpos representativos diferenciados, primero en la cúspide de las grandes empresas y después a nivel local y de distrito, una estructura que habría duplicado las estructuras sindicales y del Partido. La respuesta de la plana mayor del Partido fue rápida e inequívoca: todas aquellas aspiraciones, que habían hallado portavoces entre los funcionarios sindicales partidarios de reformas, fueron etiquetadas indiscriminadamente como «sindicalismo» (asociándolo con el anarco-sindicalismo ultra-izquierdista de la inicial República de Weimar) o como intentos de imitar «las condiciones yugoslavas»²⁷. Así pues, se impidió que la respuesta positiva a la campaña de las brigadas socialistas se desbordara más allá de los rígidos límites establecidos por el entorno institucional y social inmediato de las brigadas. A las brigadas sólo se les permitía cultivar y explorar nuevas formas de «trabajo, enseñanza y vida socialista» más o menos por su cuenta en su propio lugar de trabajo y en el microcosmos de su área residencial.

Algo que no dudaron en hacer, a juzgar por los resultados de las investigaciones sobre cultura del trabajo en Alemania del Este basados en fuentes escritas como los «diarios de las brigadas», archivos locales e historia oral en forma de entrevistas²⁸. Esta investigación corrobora la hipótesis de que la prerrogativa del Partido para imponer límites estrictos en el campo de acción de tales prác-

²⁷ REICHEL, T.: «“Jugoslawische Verhältnisse”? – Die “Brigaden der sozialistischen Arbeit” und die “Syndikalismus”-Affäre (1959-1962)», en LINDENBERGER, T. (ed.): *Herrschaft und Eigen-Sinn...*, op. cit., pp. 45-73.

²⁸ SCHÜLE, A.: *Die Spinne*. *Die Erfahrungsgeschichte weiblicher Industriearbeit im VEB Leipziger Baumwollspinnerei*, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2001; KOTT, S.: *Le communisme au quotidien. Les entreprises d'État dans la société est-allemande*, Paris, Belin, 2001, y REICHEL, T.: «*Sozialistisch arbeiten, lernen und leben*» – *Zur Geschichte der sozialistischen Brigadebewegung in der DDR (1959 bis 1989)*, tesis doctoral, Potsdam, 2008.

ticas participativas produjo una estructura fragmentada de espacios donde la «sociedad» podía «tener lugar». Debe recalarse que esta prerrogativa del Partido no era cuestionable dentro del marco ideológico del socialismo de Estado, sino que se legitimaba mediante la misión histórica de la omnisciente vanguardia. En la práctica, la autoridad del Partido para establecer tales límites derivaba de la violencia institucionalizada, que permitía un control férreo y la sanción represiva de todos aquellos que intentaban traspasar o esquivar los límites de la participación por iniciativa propia. Por tanto, la consciencia del riesgo de «extralimitación» en el empleo autónomo de estas instituciones de «activismo societario» estaba en las mentes de todos aquellos que se involucraban en esas funciones. En consecuencia, la negociación y acuerdos constantes con los poderes locales eran parte intrínseca del juego, lo que producía dos efectos contrapuestos: por una parte, podía salvaguardar una mínima parcela de autonomía de los colectivos de base en cuestión; por otra, también contribuía a la intensificación y regularización de la interacción entre la autoridad y los ciudadanos. Es en este nivel de sociabilidad corriente y cotidiana donde la autoridad del socialismo de Estado se reproducía como parte de las prácticas sociales generalizadas: aunque con distintos grados de intensidad y frecuencia, los ciudadanos debían hacer frente en todas partes a las demandas y expectativas de la autoridad socialista cuando eran requeridos por sus representantes locales, y en todas partes las exigencias y necesidades para llevar una vida cotidiana «normal» y estable requerían al menos una mínima interacción con y una apropiación pragmática de los valores ideológicos y culturales impuestos.

Esto nos lleva al aspecto de construcción de sentido de esta práctica, el *Eigen-Sinn* o «conciencia de uno mismo» con el que la gente revestía este activismo. Volviendo al ejemplo de los ayudantes de policía voluntarios, a continuación cito un pasaje de una entrevista con un excomisario de circunscripción de la policía popular, que desempeñó ese cargo durante más de cuatro décadas en un área rural próxima a Potsdam. El pasaje concerniente a sus «asistentes» comienza con su reclutamiento:

«Primero alisté a personalidades políticas, como el presidente de la cooperativa [agraria], pero no sólo, también había trabajadores corrientes, que trabajaban en otras empresas, no tenía solamente camaradas [del Partido], algunos tan sólo estaban en el sindicato o en la mutua campesina o

como quiera que se llamasen [...] Bueno, en cuanto a los ayudantes... al final, tenía como unos veinte, sí».

Cuando le pregunté qué hacía con estos ayudantes, además de enviarlos a patrullar aquí y allá, recordó:

«Bueno yo les instruía. Cada mes había instrucción. Siempre elegía un bar para hacerlo [risas], allí funcionaba mejor. [Risas] Conseguíamos un cuarto separado, y por supuesto el tabernero aceptaba. Una habitación en la parte trasera, algo de instrucción rápida, algo de discusión sobre los párrafos más importantes, qué es el robo, [...] y cosas del momento que debían acordarse, [...] y luego, finalmente bebíamos juntos».

«Y a veces», interviene su esposa, «tú también tenías tus entretenimientos [*Vergnügen*]». Él prosigue y confirma: «Sí, también organizábamos banquetes y entretenimientos, cada año. Con los ayudantes y sus mujeres. Todo pagado por nosotros, hecho por nosotros, reuníamos dinero, asábamos cochinitillo, ¿entiende?»²⁹.

A nadie le sorprendía que los líderes de la policía popular lucharan desesperadamente contra la celebración en los bares de las sesiones de instrucción de los ayudantes, aunque con poco éxito. En general, debían tolerar que cualquiera de estos eventos —bien en el ámbito laboral industrial, de la administración pública o en las actividades culturales, bien como reuniones periódicas o como celebraciones especiales con motivo del día de la mujer, el día de la liberación, el aniversario de la república, etcétera— adoptara la forma de algún tipo de «divertimento». Era precisamente esta dimensión de la sociabilidad la que cohesionaba a estas unidades de

²⁹ «Na jeschult wurden se von mir. Jeden Monat wurde ne Schulung jemacht. Ich hab mir immer ne Kneipe ausjesucht. [risas] Da jing es am besten. Wir ham 'n extra Raum jekricht in de Kneipe, naja, der Gastwirt war ja mit einverstanden. [risas] Hinten ein Raum, Schule kurz jemacht, wichtigste Paragraphen manchesmal durchjennommen, was iss, Diebstahl und und was anjefallen iss, daß se das... naja und anschließend, anschließend ham wer dann Umtrunk jemacht». «[Esposa:] Und habt och manchmal Vergnügen jemacht». «[Entrevistado:] Wir ham och Feiern jemacht, Vergnügen, jedes Jahr. Mit den Helfern und die ihre Frauen. Ja, alles selber bezahlt, alles selber jemacht, ham wer zusammenjелеcht, ham 'n Spanferkel jemacht, 'nich?». Entrevista con Walter Rogge (pseudónimo), 5 de diciembre de 1996, colección ZZf. Para un análisis más detallado de la historia de su vida véase LINDENBERGER, T.: «Der ABV als Landwirt», en LINDENBERGER, T. (ed.): *Herrschaft und Eigen-Sinn...*, op. cit., pp. 167-203.

base de las estructuras políticas entre sí, trascendiendo así su función de meros puestos avanzados de la norma política. Semejantes aplicaciones de *Eigen-Sinn* a los esquemas impuestos de «activismo societario» tenían efectos estabilizadores en el sistema de autoridad como tal, puesto que concentraba las energías y recursos sociales en el nivel más bajo de un grupo estrictamente limitado. Al mismo tiempo, debe tenerse en cuenta que esto también permitía mantener a los «sujetos» del SED un sentido de no-identificación con la norma del Partido *stricto sensu*, una forma de distanciarse de sus expectativas totalitarias, de involucrarse en una amplia gama de actividades útiles y agradables, y en consecuencia fomentar unas identidades individuales y colectivas que nunca fueron totalmente «colonizadas» por la dictadura del Partido. De ahí se deriva que en el actual discurso popular germano-oriental sobre los pros y contras de la RDA, tales formas de sociabilidad de base se encuentren entre aquellas instituciones que se recuerdan positivamente, al margen de las divergencias en otras cuestiones políticas.

«Lebenswelt» y la dictadura de los límites: algunas preguntas abiertas

La lógica por la que la participación de base centrada en el «activismo societario» «honorario» y «voluntario» era sistemáticamente aplicada y limitada en su poder por el Partido estatal resulta emblemática por la forma en que se estructura el espacio para las relaciones sociales a través de la práctica dictatorial. Era la intransigente rigidez de los límites impuestos para actuar en tales formas de participación y los incansables intentos de controlar y dirigir sus actividades a través de representantes de la autoridad lo que evitó la creación de una «sociedad», en el sentido de un conjunto relativamente autónomo, estructurado y bien diferenciado de relaciones sociales. Más allá de esos límites casi impenetrables se creó una esfera oculta de ejecución del poder comunista. Vista desde abajo, esta zona comenzaba, como yo sugeriría, donde las funciones del Partido eran desempeñadas por funcionarios a tiempo completo, esto es, por personas que, debido a su formación política y profesional, se distinguían de los ciudadanos «normales» en lo tocante a sus propias relaciones sociales.

Por el contrario, los funcionarios de base «honorarios» del Partido, aunque estaban sometidos a la disciplina del Partido, dependían en buena medida de la buena voluntad de su entorno social inmediato a la hora de conseguir algo importante. Y no era infrecuente que fuesen «persuadidos» por sus conciudadanos que no eran miembros del Partido con vistas a articular sus peticiones e intereses de forma contraria a lo que se esperaba desde arriba. Podría decirse lo mismo de las miríadas de alcaldes honorarios, encargados de fábrica, miembros del consejo de la ciudad y otros activistas, que a menudo trataban de aprovechar al máximo las estructuras de participación dadas para lograr, en nombre de sus circunscripciones, alguna mejora en cuestiones de abusos y faltas.

Siguiendo esta lógica, el juego de funciones sociales se reduce a un abanico de relaciones idéntico al «mundo de vida» (*Lebenswelt*) de los individuos, es decir, a aquellas partes de la realidad social que conocen a través de su propia experiencia, el mundo creado mediante interacciones cara a cara. Por tanto, los «mini-espacios públicos» locales podían servir como esferas de participación, pero los espacios públicos supra-locales no, porque nunca pudieron establecerse de forma autónoma (a excepción de los dos o tres últimos años de existencia del régimen). Por eso las llamadas relaciones «informales» desempeñaron un papel tan importante en la vida cotidiana de todos los niveles de la jerarquía social: fueron la consecuencia necesaria de la inexistencia de esferas anónimas supra-individuales para la comunicación e interacción sin censura.

Para terminar, apuntaré algunas posibles consecuencias de estas observaciones y argumentos sobre la lógica del «activismo societario» en el socialismo de Estado.

Primeramente, podrían ayudarnos a explicar la considerable aceptación activa, pero no necesariamente entusiasta, de las expectativas del régimen sin recurrir a conceptos de pura fuerza, manipulación o corrupción. Buena parte de las interacciones cotidianas entre ciudadanos «corrientes» y el Estado respondían meramente a su necesidad de llevar una vida segura y razonable bajo condiciones estables. Esto producía una sociedad sólo fragmentariamente activa, en «islas» o parcelas, a falta precisamente de los nexos verticales y horizontales de la comunicación supra-individual que se requieren para producir un conjunto coherente de relaciones sociales capaz de luchar contra la imposición de una autoridad ilegítima.

Si se lleva más allá, este argumento también puede ser útil para comprender el funcionamiento social de los escalafones medios y altos en el ejercicio de la autoridad, esto es, el ámbito excesivo de la maquinaria estatal y de partido, que formaba un mundo social aparte. Irónicamente, estos mundos del «sector terciario» estatal socialista también estaban estructurados siguiendo los mismos principios: práctica generalizada de activismo «honorario» y «voluntario», imbuido por el mismo folclore de rituales y simbolismo político, pero siempre limitado de manera rígida en su campo de actuación. Este es uno de los motivos por los que las recurrentes afirmaciones de los funcionarios a tiempo completo del Partido, de los sindicatos, etcétera, de que aún pertenecían a la «clase obrera» y de que llevaban una auténtica vida obrera, que eran comunes «*Werkstätige*» como el resto de la gente, no pueden simplemente descartarse como una mentira insolente y arrogante. Estos miembros de las plantillas de la autoridad, que se ganaban la vida en una esfera arcana de la política al margen del resto de la sociedad, aún así organizaban su vida cotidiana de acuerdo con normas y hábitos centrados básicamente en los mismos principios. (Para ser más precisos: no me estoy refiriendo aquí al minúsculo grupo de la elite en la jerarquía estatal socialista, sino a los cientos de miles que formaban parte de la «clase de servicios».)

Hasta el momento, he definido la «sociedad» bajo el régimen socialista como «fragmentada» y «limitada» de una forma idealizada. No es casual que los ejemplos que han fundamentado mi argumentación se hayan tomado de finales de los años cincuenta y de los sesenta, precisamente del periodo en el que el SED trató de poner en práctica, lo más consecuentemente posible, sus proyectos utópicos para la creación de una «sociedad socialista desarrollada». Esto no significa que tales proyectos y las prácticas sociales que resultaron de su ejecución no experimentaran cambios en sus características y significación a lo largo del tiempo. Al contrario, debemos desarrollar la argumentación más allá y situarla en una perspectiva diacrónica. Propongo que es posible distinguir varias fases: de creación y primera ejecución de las prácticas participativas, su desarrollo y relativa estabilidad, y finalmente, por supuesto, su crisis (desde el punto de vista del régimen) y cambio profundo de su carácter durante el colapso de la dictadura.

Podríamos, por lo tanto, definir el periodo anterior a 1957 como una primera fase experimental, caracterizada aún por la ar-

dua lucha del Partido contra las redes socioculturales fuertes de la «vieja» élite y grupos populares. A este periodo le siguió la conclusión del des-aburguesamiento para establecer la autoridad soberana del Partido, llegando hasta finales de los años sesenta: una fase marcada por una serie de experimentos que limitaban la participación concretamente en la economía, la administración local y la cultura, una fase donde se puso a prueba la combinación de funciones participativas con el control firme y dictatorial de las relaciones sociales. Después de que Honecker y su generación de funcionarios del Partido paralizaran estos experimentos, los primeros años de su mandato trajeron consigo un acuerdo de mantenimiento del *statu quo* entre el régimen y la población, a lo que siguieron expectativas de prosperidad frente a la aquiescencia habitual, acompañadas de la pérdida de perspectivas utópicas centradas en el futuro. Aproximadamente después de 1976 podemos observar un declive gradual en las competencias de control (no de vigilancia) en nombre de la autoridad estatal socialista: encontramos más casos en los que algunas minorías intelectuales y de clase media, motivadas claramente por aspiraciones políticas, emplean para otros fines las estructuras participativas de base. Por ende, no es casual que, por ejemplo, junto a la degeneración de la producción material de las empresas de la RDA en los años ochenta encontremos un fuerte aumento del activismo honorario sindical de los encargados de fábrica con un sesgo distintivamente femenino y de cuello blanco. Y fueron estos últimos grupos los que en 1989-1990 desempeñaron un papel fundamental en las empresas durante la revolución democrática y finalmente sirvieron como primera generación de consejos de fábrica durante la privatización y —frecuente— desmantelamiento de la «industria de propiedad popular» después de la unificación³⁰.

Estos hallazgos invitan a especular sobre los efectos que tiene la práctica de una «sociedad fragmentada» en la cultura política y los valores. ¿Favoreció, a largo plazo, las aspiraciones democráticas y la conciencia cívica, o más bien una cultura de deferencia y sumisión? Por supuesto, su ambivalencia potencial señalaba en ambas direcciones desde el principio. No obstante, como proceso histórico debe permanecer como una cuestión abierta el

³⁰ Cfr. HÜRTGEN, R.: *Zwischen Disziplinierung und Partizipation. Vertrauensleute des FDGB im DDR-Industriebetrieb*, Colonia-Weimar-Viena, Böhlau, 2005.

cómo se articulaban estas ambivalencias y cómo contribuyeron a los cambios importantes en el panorama general del desarrollo. En lo que respecta en particular al desmoronamiento de la autoridad estatal socialista, todavía deben realizarse muchas investigaciones empíricas para comprender mejor el potencial de autonomía democrática que la experiencia de una década de estas prácticas de participación limitada podría haber alimentado silenciosa y discretamente³¹.

Podrían plantearse más cuestiones para debatir acerca de la plausibilidad de estas afirmaciones sobre las formas de la «sociedad» en la dictadura estatal socialista alemana. Desde el punto de vista de la teoría social general su carácter «moderno» o «pre-moderno» podría ser objeto de reflexión. ¿Acaso no son estas unidades a pequeña escala de sociabilidad cotidiana meras esferas de «comunidad» (*Gemeinschaft*) que sirven de contrapunto a la «sociedad» global (*Gesellschaft*) tal y como fue construida por el Partido? Lo esencial de mi propuesta de interpretar estas unidades como fragmentos de *sociedad* es porque los individuos quedaban integrados en ellas en nombre de sus funciones formales, es decir, como representantes de distintas instituciones y funciones (unidad, seguridad pública, bienestar, el barrio, etcétera) diseñadas para ordenar y estructurar las relaciones sociales en general. Cada una de estas pequeñas unidades políticas de base debía ser una réplica del proyecto general y de los principios de construcción de una política estatal socialista. Que esas micro-representaciones de una «sociedad socialista» impuesta pudieran simultáneamente adoptar funciones de *Gemeinschaft* en un grado considerable no debe llevarnos a asumir paralelismos equivocados con la clara dicotomía *Gesellschaft-Gemeinschaft*, habitual en el desarrollo de las sociedades occidentales modernas: mientras que estas reflexiones sobre el desarrollo de esta polarización giran en torno a la cuestión de la «modernidad», entendida como una creciente *diferenciación* institucional y categórica, el socialismo de Estado contraataca *entremezclando* estos dos principios de socialización y por

³¹ El último capítulo del estudio pionero de Jan Palmowski sobre el activismo del *Heimat* en la RDA ofrece inquietantes revelaciones acerca del efecto tardío y potenciador de esta experiencia previa de participación en los gobiernos locales del sistema socialista en los líderes locales del cambio revolucionario de 1989-90, cfr. PALMOWSKI, J.: *Inventing a Socialist Nation...*, *op. cit.*

tanto reduciendo su separación espacial e institucional. Este desarrollo podría definirse, si se quiere, como «otra» variante de la modernidad, situándolo al margen de cualquier asociación con las etapas pre-moderna o inicialmente moderna de la evolución de las sociedades occidentales, como el absolutismo³². Lo que debe resaltarse es la exitosa penetración de las omnipresentes instituciones de responsabilidades y deberes formales en los niveles más bajos de la sociabilidad cotidiana, y por ello también rechazo la idea de unos «nichos» remotos, seguros y «libres de autoridad» con la que a menudo se definen estos fenómenos en el debate alemán sobre el pasado de la RDA.

El caso de la RDA: ¿único o genérico?

Finalmente, debe abordarse el problema de la representatividad del caso germano-oriental para otras dictaduras de socialismo de Estado. Sin ser un experto en ninguno de esos otros «casos», voy a hacer algunas propuestas sobre los límites y el alcance de mi interpretación.

Cuando se evalúa el grado de especificidad de la puesta en práctica de la dictadura comunista en la RDA se llega normalmente a la siguiente paradoja: por una parte, hay muchas pruebas que sostienen que el sistema socialista desarrollado por el SED se caracterizaba por una «fidelidad» particular a los diseños de la ideología soviética. Esta visión también refleja la auto-percepción de los líderes del SED, que consideraban a la RDA el país más avanzado y moderno del bloque del Este.

Por otra parte, es exactamente esta aparente cualidad de «socialismo de manual» lo que podría distinguir a la RDA del resto de casos, incluido el de su «hermana mayor», la Unión Soviética. La cuestión se torna aún más complicada si se tiene en cuenta que la mayor riqueza material de la economía germano-oriental y su nivel de vida dependían de su situación privilegiada en las relaciones mercantiles de Europa Occidental y del mundo, derivada de

³² Cfr. FULBROOK, M.: «Rethorising “state” and “society” in the German Democratic Republic», en MAJOR, P., y OSMOND, J. (eds.): *The Workers' and Peasants' State. Communism and Society in East Germany under Ulbricht 1945-1971*, Manchester, Manchester University Press, 2002, pp. 280-298, esp. pp. 290-292.

los contactos comerciales preferenciales que se tenían con Alemania Occidental.

Considero que es esta última circunstancia, a saber, el hecho de que la *nación* alemana vivía durante estos años en dos Estados que no reconocían la legítima existencia del otro, la que más puede haber contribuido a las peculiaridades de la dictadura del SED si se compara con otros satélites del bloque soviético. Como consecuencia de la partición de la nación y dada su impopularidad, el Estado del SED nunca pudo recurrir a la legitimidad de representar a *la* nación. De acuerdo con la conocida definición de Benedict Anderson, eso hubiera implicado representar la soberanía de una comunidad de alemanes territorialmente definida, cuyos imaginarios colectivos del momento se basaban en las experiencias compartidas de catástrofes y derrotas, ocupación y expulsión, y los proyectos comunes de reconstrucción y prosperidad. El SED, sin embargo, fue visto desde el principio como un «partido ruso» extranjero, y nunca logró deshacerse del todo de este estigma a ojos de los alemanes orientales. Estuvo lejos de representar algo mínimamente parecido a la recuperación de la soberanía (al contrario que la RFA de Adenauer). Por tanto, la política de la RDA careció a lo largo de su existencia de cualquier grado de la coherencia «natural» que puede hallarse en otros Estados-nación, incluso si no se trata de democracias liberales. Debido a la falta de alternativas y a la necesidad de legitimar su propia utopía como un proyecto totalmente distinto del de la próspera y liberal-capitalista Alemania Occidental, el SED no tuvo más remedio que desarrollar su visión de la «sociedad socialista» de una forma particularmente consecuente e inclusiva.

El grado en que esto fue factible (en contraste con otros países socialistas) también dependió de algunos factores contingentes, como la relativa densidad espacial de la autoridad personal e institucionalizada y la importancia estratégica crucial de este territorio en la Guerra Fría. El SED gobernaba a una pequeña población en un territorio pequeño con un personal numéricamente muy significativo, y ello en una región donde el «liberalismo» desinformado siempre podía haber realizado intrusiones materiales a través del vecino y enemigo (y no sólo intrusiones virtuales que llegaban hasta los ciudadanos de la RDA gracias al acceso a la radio y la televisión germano-occidentales). Todavía debe dilucidarse si podrían haberse

dado resultados y evoluciones similares en cuanto a la interacción regularizada y la interpenetración del Estado y los *Lebenswelt* de la población, que produjeron el fenómeno de una sociedad fragmentada, tal y como he descrito en el presente artículo, en un país sin la densidad de infraestructura y de culturas de auto-gestión que los sustentaron en la RDA.

Aparte de esto, otros factores que podrían haber limitado la inmisión (*Durchherrschung*) autoritaria en la vida cotidiana tampoco se dieron de la misma forma y en el mismo grado que en otros países. Por ejemplo, aunque había un círculo opositor de la Iglesia protestante, éste continuó siendo minoritario dentro de una población secularizada y nunca adquirió una relevancia comparable a la de la Iglesia católica en otros países del sistema comunista.

Estos ejemplos son tan sólo algunos de los factores que inspiraron la sorprendente variedad de formas en que los esquemas y modelos impuestos por la Unión Soviética fueron asumidos, modificados, adaptados, rechazados tácita o abiertamente. ¿Deberíamos entonces resignarnos y concluir que cada una de estas dictaduras desarrolló su propio camino, altamente idiosincrásico, para la construcción de una sociedad socialista? ¿Que eran sencillamente demasiado distintas para comparar sus realidades entre sí, de la misma forma que uno presupondría al comparar países europeos occidentales en la misma época, o países de sistemas distintos pero con un pasado común, como Alemania Oriental y Occidental o los Estados resultantes del Imperio austrohúngaro?

No lo creo. El predominio generalizado de las divergencias debe verse como algo intrínseco a los cambios históricos que los ciudadanos de las «naciones cautivas» tuvieron que *compartir*, les gustase o no, durante las cuatro décadas y media posteriores a 1945. Es importante tomar en consideración que la experiencia del socialismo de Estado no consistía únicamente en formar parte de su construcción positiva y hasta cierto punto exitosa, sino sobre todo en experimentar su mal funcionamiento inherente, su prolongada agonía y desintegración final. Estos procesos «negativos» producen por sí mismos una variedad de reacciones, más que una sola y homogénea. Desde este ángulo, la forma en que se articulaban el ejercicio de la autoridad y la vida cotidiana en la RDA debe considerarse como una variante más para enfrentarse a la matriz marxista-leninista impuesta para la construcción de la

sociedad. No debemos, por lo tanto, esperar que surjan semejanzas absolutas a partir de las formas similares y esencialmente violentas con las que se impuso esta matriz, sino un abanico de soluciones aportadas por las diversas poblaciones, que tuvieron que negociar con estos nuevos poderes de acuerdo con su particular situación desfavorable, sus tradiciones y experiencia, y su margen de acción.

[Traducción: Cristina Álvarez González]